Entre aquella multitud de servidores, no hubo quien se tomase el trabajo de fingir un sentimiento que no tenia.

Genoveva quiso por sí misma depositar el cadáver y coser el sudario que debia ocultar aquel rostro corroido y amoratado por el veneno.

El entierro tuvo lugar sin ninguna solemnidad, casi sin testigos.

No se invitó á nadie.

Los cánticos de la iglesia no acompañaron al féretro cuando éste salió del castillo.

El silencio era necesario.....

Juana no debia enterarse de nada.

La pobre niña, en efecto, no sabia nada absolutamente de lo ocurrido, y preguntaba todos los dias por su hermana.

—Está mejor—respondia siempre el médico, —pero será larga la convalecencia.

La condesa entró en el período de la suya.

A no ser que sobreviniese una complicacion imprevista ó un accidente, que no era probable, estaba asegurada su curacion.

XXXII

Lazarine como anunciaba en su carta al con-

de de Gordes, habia partido á Paris la mañana siguiente á la del incendio.

No podia ni queria estar una hora mas en el castillo de la Tour du Roy, porque un terror supersticioso le presentaba á sus ojos como una mansion de ódio.

Durante toda la noche habia creido ver al pié de su cama el fantasma de su amante quemado vivo.....

Hacia inútiles esfuerzos por demostrar su inocencia.....

En vano repetia que una casualidad independiente de su deseo se habia encargado de pegar fuego.

Su conciencia le decia que no habiendo dado un grito de alarma y no llamando á Marcelo, se habia hecho cómplice de las llamas que devoraban la casa Bréchu, y que habia cometido un infame asesinato sin que tuviera ninguna circunstancia atenuante.

Como consecuencia de esto era su marcha, ó mas bien su huida; pero conociendo el carácter de la marquesa, y aunque la impresion que hubiera podido causarle el drama que se habia desarrollado ante sus ojos fuese profunda, se borraria bien pronto, desde el momento en que se alejase de aquel sitio.

Por otra parte, semejante al preso que acaba de romper sus cadenas, Lazarine aspiraba en

toda su plenitud la satisfaccion de la libertad.

Ya no se interpondria Marcelo Laugier en su camino y no encontraria ningun obstáculo que le impidiese casarse muy pronto con el príncipe Héctor de Castel-Vivant.

La viuda del marqués Roberto iba por fin á realizar el sueño de su ambicion. Su insaciable orgullo y su avaricia sin límites estarian satisfechas, y la realidad iba á superar al sueño.

¡Se oia ya llamar princesa!

Ya veia pintada la cerrada corona en la portezuela de los carruajes.

¡Se consideraba de antemano reina del lujo y de la alta clase por vitud del rey del mundo, SU MAJESTAD EL DINERO, sumergiendo sus manos en una caja inagotable de que saldria el oro en cascadas resplandecientes para derramarlas sobre Paris admirado!.....

Se comprende muy bien que ante tales alucinaciones se desvaneciese muy pronto el espectro del ex-oficial.....

La marquesa llegó por la noche á su hotel de la calle de Murillo.

Al dia siguiente, á eso del medio dia, escribió estas palabras:

"*No saldré hoy y no recibiré á nadie mas que á vos.*

"*Venid. Vuestra*

LAZARINE."

Y mandó que llevasen esta lacónica misiva á la calle de Francisco I.

A las dos, próximamente, llegó el príncipe.

Estaba todavia un poco pálido por la pérdida de la sangre, que habia sido mucha, y excepto en esto tenia su aspecto de siempre, sintiéndose tan fuerte como antes de haber tenido el encuento de Ville d'Avray.

Nuestros lectores adivinarán sin duda lo que debia ser y fué aquella entrevista.

Héctor se presentó franca y sinceramente enamorado. Lazarine hizo admirablemente una comedia de ternura. Sabemos ya que era una actriz consumada y que el príncipe la queria; su papel, por lo tanto, fué muy fácil.

El ex-Begourde deseaba saber las causas de una vuelta que no se atrevia esperar tan pronto.

—Preguntádselo á mi corazon... -respondió la marquesa bajando los ojos con un pudor digno de adoracion.—No he hecho mas que obedecerle... Vivir mas tiempo lejos de aquel á quien se le he entregado me parecia imposible.... Por eso he vuelto.

Héctor, á quien desvaneció remejante respuesta, cubrió de besos las manos de aquella sirena.

—Y no habeis oído hablar allí del *perseguidor?*—preguntó en seguida.

—¡Ni una sola vez!..—contestó Lazarine.—

Engañado por informes falsos, ha debido induciros á error vuestro ayuda de cámara. Mucho dudo que el señor Laugier se haya presentado en los alrededores de la Tour du Roy... Si hubiese venido lo habria sabido.... En el campo se sabe todo.

—¡Ha hecho muy bien el húsar en abstenerse de hacerlo—exclamó el príncipe,—porque si hubiera sido necesario le habria llevado segunda vez sobre el terreno, estoy seguro de que esta vez habria tomado la revancha.

Continuó la conversacion, llegando á hacerse séria.

Hacia mucho tiempo que el matrimonio estaba decidido en principio; se trataba únicamente de fijar la época en que se habia de efectuar.

Se trató á fondo la cuestion,

Enamorado como estaba, manifestó Héctor mucha prisa, y segun su deseo, se habrian empezado al dia siguiente las publicaciones para casarse en el plazo que marca la ley.

Lazarine, que no tenia ya ningun motivo de inquietud, y que por consecuencia no habia razon para apresurarse, insistió en fijar un mes de plazo para su celebracion.

El hijo adoptivo de Godefroy discutió largo tiempo, cediendo por último.

—¿Pero al menos—preguntó—me recibireis todos los dias?

—Os lo prometo—dijo sonriendo la marquesa.

—¿Durante todo el dia?—continuó Héctor.

—¡Ah, no! ¡sería demasiado! ¡Desde las dos hasta las siete! me parece bastante.....

—¡Para vos, pero para mí!.... ¡Apenas tendré tiempo para hablaros de mi amor!.... ¿Pero me permitireis al menos que almuerce con vos alguna vez?

—Nó, querido príncipe.

—¿Ni una sola vez?

—Ni una sola.

—¿Por qué?

—Porque esto seria muy poco conveniente.

—¿Pero que importa esto?..—interrumpió Héctor.

—Somos de un mundo en que deben respetarse las conveniencias—dijo Lazarine.

—¿Os importa esto mucho?

—¡Que si me importa!

—Daré la consigna que deseais.

—¿Me permitireis que venga despues de comer á pasar la noche á vuestro lado?

Lazarine, sonriendo, hizo un gesto negativo.

—¿Por qué?—preguntó el ex-Begourde.

—Porque no hago intencion de renunciar al mundo, y cerrando mi puerta durante el dia debo abrirla por la noche.

—¿Pero si vais á recibir vuestros amigos, no puedo yo venir con ellos?.... Soy tambien

vuestro amigo ¡qué diablo! y dentro de un mes seré vuestro esposo.....

—Bueno, querido príncipe, venid siempre que querais; pero tened presente que si en mi salon hay veinte personas, será de vos en último término del que me ocuparé.....

—Me es igual, si de cuando en cuando me enviais al rincon en que esté una mirada, una sonrisa.....

—Bueno, habrá mirada y sonrisa.

—¡Sois un ángel!

—Ya lo sé.

—¿Y del *trousseau?*.... ¿Cuando nos vamos á ocupar del *trousseau?*.....

—No os ocupeis de ello.

Héctor quedó sorprendido.

—¡Como!—exclamó,—¿no quereis nada?

—Sí, querido príncipe, lo quiero y de lo mejor.....

—¡Entonces!.....

—Para tenerlo es mejor comprarlo. Solo que—interrumpió la marquesa,—no sois vos el que lo comprará.....

—¿Quién, pues?

—¡Yo!

—Mucho me hubiera gustado hacer esta compra recorriendo á vuestro lado las tiendas murmuró tristemente el príncipe Totor.

—Los hombres no entienden nada de los de-

talles de una *toilette* femenina.... ¿No conoceis mis aficiones?.... Soy original, casi excéntrica, convengo en ello. Me desagrada lo que le gusta á todo el mundo.... Cometeríais cien torpezas bajo mi particular punto de vista.... Compraré, pues, todas esas cosas que teneis intencion de ofrecerme, y tened por cierto que os permitiré pagar todas las facturas.

—Esto me consuela un poco—dijo Héctor.—Yo tomaré tambien mi partido, pero con una condicion.

—¿Cual?

—Que habeis de gastar mucho dinero.... mucho.... mucho.....

Lazarine se echó á reir de nuevo.

—Estad tranquilo—dijo,—bajo este punto quedareis contento.

—Cuento con ello, y os advierto que por las palabras *mucho dinero* entiendo sumas enormes.

—Os aseguro que el total no dejará nada que desear.... Ahora, querido príncipe, vais á hacerme el favor de dejarme.

Héctor se sonrrojó.

—¡Irme!—replicó—¡pero no pensais!.....

—No pienso nada absolutamente, al contrario.

—Entonces procedeis de mala fé.... Me habeis dicho *de dos á siete*.... y apenas son las cinco.

—He hablado del porvenir.... nuestro convenio me obliga únicamente desde mañana.... Hoy me encuentro cansada por el viaje de ayer, y necesito descansar.... Ya veis que, á no ser por un egoismo injustificable, debeis dejarme de buena voluntad.

—Me voy—dijo el príncipe con viveza.

—Héctor, sois muy amable.....

—Entonces dejadme besar vuestra mano, adorada mia.....

—Aquí están mis mejillas.

Exaltado Castel-Vivant hasta el delirio por el favor que por primera vez le concedia la marquesa, salió del salon con aire de triunfo, para volver el dia siguiente á las dos en punto.

Al invocar Lazarine su cansancio para abreviar la conversacion, no habia mentido.

Estaba cansada verdaderamente, no tanto por el viaje como por la terrible noche que habia pasado la víspera.

Comió á las seis, aunque muy ligeramente; á las siete se acostó, durmiendo con un sueño tranquilo que no fué interrumpido por visiones desagradables ni apariciones que pudieran asustarla.

A las diez de la mañana se levantó tranquila, fresca y hermosa; su doncella le entregó un hermoso ramo que acababan de traer de parte del príncipe.

Digamos ahora de una vez que desde este dia no dejó Héctor de enviar todas las mañanas á la futura princesa un ramo que le costaba veinticinco luises.

Avisado la víspera, Julio Leroux vino á almorzar á la calle de Murillo.

Despues de haber preguntado con mucho interés por la salud de la condesa, *el mejor de los padres* supo de boca de Lazarine su próximo casamiento, por el que la felicitó calurosamente.

—¡Mas de un millon de renta!—exclamó,—esto es admirable y de soberbias proporciones! Y además princesa, mucho mejor, aunque debo decirte aquí entre nosotros, querida mia, que el ex-Begourde me hace, á pesar mio, el mismo efecto que un príncipe de comedia.... Por lo demas, ¡es un guapo mozo!.... ¿Pero como adivinar la suerte que esperaba á este rapaz hace poco tiempo, cuando yo le eché de mi casa?.... ¡Por qué le eché dos veces rotundamente, no me vanaglorío de ello!... Por lo demas, no le tengo mala voluntad.... A propósito, ¿no has oído hablar por allá de Marcelo Laugier?.... Se ha ido de Paris bruscamente, casi al mismo tiempo que tú.

Lazarine no respondió.

A las dos menos cuarto, dejó Julio Leroux á su hija para dejar su puesto á Héctor, cuya exactitud es inútil que mencionemos.

El dia siguiente supo Lazarine por una carta del conde de Gordes la repentina muerte de Renée producida por una calentura cerebral.

Raoul añadia que, gracias á la Providencia, Juana estaba mucho mejor, y el doctor Máximo Giraud empezaba á tener fundadas esperanzas.

A la marquesa le causó mucha mas estrañeza que sentimiento la noticia de este suceso; su cariño hácia Renée no tenia nada de entrañable. Vertió algunas lágrimas, digámoslo así de oficio, y por guardar las formas se vistió de luto y no pensó más en ello.

*
* *

Habian trascurrido unos quince dias.

El ex-Begourde habia seguido enviando diariamente su ramo de veinticinco luises.

Los nombres del príncipe Héctor de Castel-Vivant y Lazarine Leroux, viuda del marqués de la Tour du Roy, estaban fijados desde la víspera en la tabla de edictos de la alcaldía del déccimo octavo distrito.

Los periódicos se ocupaban á porfía de este casamiento de la *high-life*, extasiándose en describir la prodigiosa belleza de la futura princesa, y contar el gran número de millones de que disponia la feliz pareja.

Acababan de dar las cuatro de la tarde.

Los criados sabian que la marquesa no recibia á nadie cuando estaba el príncipe, y que esta órden no admitia ninguna excepcion.

Sentado Héctor á los piés de Lazarine, tenia entre sus manos la alabastrina mano de su amada, besando uno por uno los dedos y aquellas uñas tan trasparentes.

De repente los dos enamorados hicieron un movimiento de sorpresa y disgusto.

Se realizaba un hecho increible.

La puerta del salon se habia abierto, presentándose en ella el ayuda de cámara sin que nadie le hubiese llamado.

La marquesa iba á preguntarle en tono severo la causa de su atrevimiento.

No tuvo tiempo.

El ayuda de cámara, inclinándose para dar un paso á una visita, anunció con voz sonora:

—¡El señor Marcelo Laugier!

XXXIII

El ayuda de cámara de la señora marquesa de la Tour du Roy, al anunciar de improviso el nombre de Marcelo Laugier, produjo uno de esos *efectos* que tanto agradan á los autores dramáticos y que arrancan un aplauso general.